

En escena

Plataforma Escaparate en el Canal



Olga Pericet, en «La espina que quiso ser flor...»

PACO VILLATA

Los Teatros del Canal presentan una veintena de espectáculos para mostrarlos a programadores

JULIO BRAVO

La promoción internacional de los artistas españoles es la razón de ser de Plataforma, un proyecto realizado por los Teatros del Canal en colaboración con Acción Cultural Española que quiere ser un escaparate «para las compañías y artistas que desarrollan su trabajo en los Teatros del Canal y el Centro Danza Canal». Para Natalia Álvarez Simó, directora del espacio, «este proyecto era un sueño que ahora he podido cumplir. Cuando iba con mi maleta por los teatros de todo el mundo para ver espectáculos que traer a España, siempre me preguntaba por qué no ocurría al revés».

Plataforma es un proyecto de momento bienal que permite que una serie de programadores internacionales -treinta en total, de China a Argentina, de Alemania a Italia- puedan ver en los teatros del Canal una serie de espectáculos, tanto de teatro como de danza, con el fin de evaluar si los incluyen en las programaciones de sus teatros y festivales (coincide con la celebración, en Matadero, del primer Encuentro Internacional de Programadores, que se celebra hasta el domingo). Hay sesiones preparadas especialmente para dichos programadores, que se celebrarán en distintos estudios del Centro Danza Canal,

y otras que se presentarán en los tres escenarios del espacio y que estarán también abiertos al público general.

En las sesiones de estudio se incluyen «Who is me. Pasolini (Poeta de las cenizas)», un montaje dirigido por Àlex Rigola; «La máquina de la soledad», de Shaday Larios y Jomi Oligor; «No me hizo Brossa», de cabosanroque; «Gran Bolero», de Jesús Rubio Gamo; «Las cosas se mueven pero no dicen nada», de Pollana Lima; «Conversación: Habitación o Morada», de Twins Experiment; «Party», de Beaches; y un ensayo de «Baile de autor», de Manuel Liñán.

En las salas Verde y Roja se presentará (del 23 al 30 de mayo) la «Trilogía del infinito», de Angélica Liddell, compuesta por «Esta breve tragedia de la carne», «¿Qué haré yo con la espada?» y «Génesis 6, 6-7». También se podrá ver «Los Mariachis», de Pablo Remón (del 23 al 27 de mayo); «La posibilidad que desaparece frente al paisaje», de El Conde de Torreñel (26 de mayo); «Evel Knievel contra Macbeth na terra do finado Humberto», de Rodrigo García (del 29 de mayo al 2 de junio); «My Only Memory», de Juan Domínguez (30 y 31 de mayo); «Future Lovers», de La tristura (1 de junio); «La desnudez», de Daniel Abreu (2 de junio); «Pasionaria», de La Veronal (2 y 3 de junio); «El resistente y delicado hilo musical», de Amalia Fernández (3 de junio); y «La espina que quiso ser flor o la flor que soñó con ser bailaora», de Olga Pericet (3 de junio).

El proyecto quiere promocionar a nuestros artistas

Plataforma

► Madrid. Teatros del Canal. Del 23 de mayo al 5 de junio.

Autopista hacia la felicidad



JUAN IGNACIO GARCÍA GARZÓN

«LA VALENTÍA» ★★★

Autor y director: Alfredo Sanzol.
Escenografía: Fernando Sánchez-Cabezudo. **Vestuario:** Guadalupe Valero. **Iluminación:** Pedro Yagüe.
Música: Fernando Velázquez.
Intérpretes: Jesús Barranco, Francesco Carril, Inma Cuevas, Estefanía de los Santos, Font García y Natalia Huarte. El Pavón Teatro Kamikaze. Madrid.

Alfredo Sanzol busca en su última obra el resguardo del machadiano sol de la infancia para indagar en el imaginario de los paraísos perdidos, el paso del

tiempo y las relaciones fraternales. Al parecer, su abuela Luisa tenía una casa cerca de Briviesca (Burgos) junto a un monte y un río; la placidez arcádica se hizo añicos cuando se construyó una autopista a cinco metros de la edificación. En ese enclave sitúa la acción de «La valentía», formidable comedia de inspiración jardiesca en cuyo entramado de relaciones familiares también me parece advertir ecos del gran Eduardo de Filippo.

El Sanzol director cose su pieza con hilos de astracán furibundo y plantea una comedia gritada a la antigua, de

ademanes marcados y con el punto de mira apuntando a la platea; una fórmula muy eficaz y aún más divertida. La casa en cuestión es propiedad de dos hermanas: Trini, que quiere vender el edificio, y Guada, que se quiere quedar a vivir en él. Para disuadirla, la primera contrata a unos especialistas en fantasmagorías, los Hermanos Spectrum, Clemen y Felipe, con el fin de que metan el miedo en el cuerpo a la asustadiza Guada. Otros dos hermanos,

Martina y Martín, los fantasmas de los antepasados de las hermanas que construyeron la casa en el siglo XVIII, se suman al embrollo como hipotéticos turistas con el objetivo de impedir la venta.

Sanzol saca notable partido cómico a las si-

tuciones que van planteando estas triples parejas fraternas, introduciendo descacharrantes guiños cinematográficos a «El resplendor», «Los cazafantasmas» y «Nosferatu», y anudándolo todo con pericia y algún remate menos fino de lo que en él es habitual. La escenografía de Sánchez-Cabezudo plantea un sutil juego de muros translúcidos cuyo movimiento ofrece sugerentes perspectivas de la casa y sus interiores. Las interpretaciones son la pera: Inma Cuevas (Trini) y Estefanía de los Santos (Guada) componen unas particulares y soberbias hermanas Gilda; Jesús Barranco y Font García son unos perfectos hermanos Malapata, y Natalia Huarte y Francesco del Carril encarnan respectivamente a una cautivadora Martina y un divinamente grotesco Martín. Una pregunta por contestar: ¿dónde está el bote de Cola-Cao con dos mil euros por el que las hermanas discuten en varias escenas?

